

## UNA LECTURA DE «LOS ERUDITOS A LA VIOLETA»

En agosto de 1768 redactó probablemente José Cadalso su explosivo *Calendario manual y guía de forasteros en Chipre*, sátira contra la alta sociedad y aristocracia madrileñas, que le iba a costar el destierro de la Corte \*. Dos años más tarde, en 1770, la protección del conde de Aranda lo devuelve a Madrid. Pero ya no es el mismo. Del joven triunfador mimado por la sociedad, ilustrado y optimista, ha surgido otro hombre, desengañado y escéptico. Su carrera militar, por otra parte, no acaba de alcanzar el brillo que él hubiera deseado. En esas circunstancias conoce a la joven actriz María Ignacia Ibáñez, que tan importante papel habría de desempeñar en su vida. Al mismo tiempo, se dedica de lleno a los quehaceres literarios e intenta estrenar dos tragedias, ambas de corte neoclásico y contenido prerromántico. La primera de ellas, *Solaya o los circasianos*, hoy afortunadamente recuperada por los buenos oficios de Francisco Aguilar Piñal, no consigue la aprobación de la censura; la segunda, *Don Sancho García*, logra estrenarse y, pese a los atractivos y buen hacer de la protagonista —la propia María Ignacia Ibáñez—, constituye un rotundo fracaso.

La actriz morirá pocos meses más tarde, en abril de 1771, lo que no dejó de contribuir a fomentar el pesimismo de su enamorado. Pues bien, sabemos que en el momento de esa muerte Cadalso se encontraba escribiendo sus *Eruditos* (1).

En la imprenta de don Antonio de Sancha, y en el año de 1772, ve la luz un librito de sesenta y ocho páginas intitulado *Los eruditos / a la violeta, / o / curso completo / de todas las ciencias, / dividido en siete lecciones / para los siete días / de la semana. / Compuesto / por Don Joseph / Vázquez, / quien lo publica en obsequio / de*

\* R. Foulché-Delbosc publicó el *Calendario* por vez primera en el tomo I (1894) de la *Revue Hispanique*. Ahora acaba de ser reeditado (Madrid, CSIC, 1982), por Nigel Glendinning, con motivo del segundo centenario (1782-1982) de la muerte de su autor.

(1) Cf. N. Glendinning: «Introducción» a José Cadalso: *Los eruditos a la violeta*, Salamanca, 1967, p. 15: «Cadalso escribió parte de sus *Eruditos a la violeta* después del mes de agosto de aquel mismo año [1771], ya que fue entonces cuando se publicó uno de los libros que se citan en esa obra.»

los que pretenden / saber mucho, / estudiando poco (2). «Joseph Vázquez» es, evidentemente, Cadalso, cuyo apellido materno era Vázquez. A raíz de los problemas de censura habidos con su tragedia *Solaya*, nuestro escritor se acostumbró a utilizar pseudónimos. Primero fue «Juan del Valle», con el que firmó *Don Sancho García* (1771). En este caso es «Joseph Vázquez», bastante más cercano a su nombre verdadero.

Parece que el antedicho folleto obtuvo buena acogida de público. Prueba manifiesta de ello es que 1772 contempló dos impresiones del mismo, corrigiendo la segunda las erratas anunciadas en lista por la *princeps*. No nos llamemos, sin embargo, a engaño. El número de ejemplares de la primera tirada no debió ser muy grande. «¿Pudieron, en efecto —se pregunta Glendinning—, imprimirse en 1772 mil quinientos ejemplares de los *Eruditos*, cuando toda la edición (salvo 27 volúmenes) se hallaba vendida antes de que el anuncio de su publicación apareciese en la *Gaceta de Madrid*, esto es, antes del 13 de octubre?» (3). Sea como fuere, Cadalso tuvo ocasión de saborear por vez primera los laureles del éxito. Un éxito que lo indujo a publicar, a fines de ese mismo año, un *Suplemento / al papel / intitulado / Los eruditos / a la violeta, / compuesto / por Don Joseph / Vázquez*, 82 páginas que fueron asimismo impresas en las oficinas de Sancha. Un éxito que lo induciría a escribir más tarde un breve opúsculo rotulado *El buen militar a la violeta*, que no aparecería sino póstumamente (1790) en Sevilla.

Junto a *Eruditos* y *Suplemento* se ha venido editando, a partir de la edición de Hernández Pacheco (Madrid, 1781) un papel breve y mordaz, fechado en Madrid el 10 de noviembre de 1772, que tiene por nombre *Junta que en casa de Don Santos Celis tuvieron ciertos eruditos a la violeta; y parecer que sobre dicho papel ha dado el mismo a Don Manuel Noriega, habiéndosele éste pedido con las mayores instancias desde Sevilla*. El libelo está presentado en forma de carta y es obra del poeta asturiano Manuel Santos Rubín de Celis y Noriega, quien reparte ficticiamente su nombre entre remitente y destinatario. Rubín de Celis es el mismo que años después dirigiría *El Corresponsal del Censor*, periódico bisemanal considerado por la crítica como la más importante continuación de *El Censor*. A pesar de los atractivos culturales que presenta el personaje que redactó la

---

(2) Biblioteca Nacional de Madrid, signatura 3/35887. Una buena descripción del libro puede encontrarse en *La imprenta de don Antonio de Sancha (1771-1790). Primer intento de una guía bibliográfica para uso de los coleccionistas y librerías*, de Antonio Rodríguez-Moñino (Madrid, Castalia, 1971, p. 46).

(3) N. Glendinning, en *Historia de la literatura española* (ed. R. O. Jones), IV, *El siglo XVIII*, Barcelona, 1973, p. 37.

*Junta*, su inclusión en el *corpus* de los *Eruditos* no deja de ser absolutamente arbitraria y obedece tan sólo a intereses privados de editores desaprensivos.

*Los eruditos a la violeta*, pues, albergan tres opúsculos cadalsianos: los *Eruditos* propiamente dichos, el *Suplemento* publicado ese mismo año y el póstumo *Buen militar* (no incorporado junto a los anteriores hasta 1818, fecha de la segunda edición de las *Obras* de Cadalso por Repullés). Veamos brevemente el contenido de los tres folletos (4).

El primero de ellos se abre, tras una «Advertencia» preliminar explicativa y redundante, con una «Dedicatoria a Demócrito y Heráclito», filósofos a los que una antigua tradición relacionaba simbólicamente con la risa y el llanto. Motivo de carcajadas, pero también de lágrimas, vienen a ser —dice el autor— estos pseudoeruditos perfumados con agua de violeta, exteriormente sapientísimos e interiormente analfabetos. Y acaba: «Júpiter os guarde de todo mal; pero, sobre todo, de un mal erudito» (5).

El hecho de que Cadalso divida sus lecciones entre los siete días de la semana puede ser un recuerdo de la educación jesuítica que recibió, pero también puede tratarse de un intento de ridiculizar a cierta «academia» existente en Azcoitia desde 1748, más o menos, cuyos miembros, despectivamente conocidos como «caballeritos de Azcoitia», organizaban sus reuniones y charlas culturales de acuerdo con el siguiente programa: los lunes, matemáticas; los martes, física, etc. (6).

En la primera lección, correspondiente al lunes, el profesor a la violeta que enmascara a Cadalso explica a sus discípulos la idea general de las ciencias, su objeto y uso y las cualidades que deben adornar a todo buen alumno violeto. «Las ciencias —dice el ilustrado pedagogo— no han de servir más que para lucir en los estrados, paseos, luneta de las comedias, tertulias, antesalas de poderosos y cafés, i para ensobervecernos, llenarnos de orgullo, hacernos intratables e infundirnos un sumo desprecio para con todos los que no nos admiren. Este es su objeto, su naturaleza, su principio y su fin» (7).

---

(4) Citaré *Eruditos*, respetando ortografía y puntuación originales, por la segunda tirada de la *princeps* (1772), y *Suplemento* por la primera edición, de ese mismo año. Para *Buen militar* me sirvo de la edición moderna de *Eruditos* llevada a cabo por R. Miquel y Planas (Madrid, Librería de los Bibliófilos Españoles, 1928, pp. 297-324 del tomo, que, por cierto, está espléndidamente impreso).

(5) P. 4.

(6) Cfr. R. P. Sebold: *Cadalso: el primer romántico «europeo» de España*, Madrid, 1974, páginas 242-243.

(7) Pp. 7 y 8.

El martes es el día relativo a la poesía, a la ciencia poética y retórica. Aquí no puede evitarse el recuerdo de las palabras que a Cervantes dirige su fingido amigo en el «Prólogo» del *Quijote*: «En lo de citar en las márgenes de los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer, de manera que venga a pelo, algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria, o, a lo menos, que os cuesten poco trabajo el buscallo...» (8). Al futuro erudito a la violeta no se le pide siquiera oportunidad en sus citas. Basta con que pondere la imaginación de Homero (aunque no sepa en qué la utilizó), la sublimidad de Píndaro o la dulzura de Anacreonte. En estas páginas es donde Cadalso se conduce con más libertad, extensión y familiaridad. Por entre las continuas referencias latinas y españolas —armas imprescindibles en boca de un violeto *comme il faut*—, Cadalso proporciona al lector pinceladas personales y apuntes críticos muy curiosos. Por ejemplo, al referirse al teatro clásico francés, emite un juicio muy concreto sobre la *Fedra* de Racine, que, evidentemente, entrañaba una gran originalidad en el momento histórico en que se escribió: «Y también callaréis que en la tal Phedra hay una relación campanuda, hinchada y pomposa de la misma naturaleza que la que critican tanto en nuestro pobres autores del siglo pasado» (9). Es un detalle muy significativo del pensamiento literario y del credo estético de Cadalso, reacio a normas rígidas de corte clasicista (por más que las acatara en ocasiones, como buen hijo de su siglo) y abogado precursor de la libertad romántica: «Si Calderón, Lope, Moreto, Solís, Zamora, Cañizares y los otros de aquella secta no quisieron ceñirse a las reglas del théâtre, fue meramente porque no quisieron, y que en language, idéa, y desenlace fueron originales» (10). Aquí ya no es el profesor a la violeta quien habla, sino su doble Joseph Vázquez. Esta reivindicación de nuestro teatro barroco constituye un rasgo de modernidad muy notable. Burla burlando, y entre chiste y chiste, Cadalso se nos va retratando en punto a gustos literarios, y lo va haciendo casi sin saberlo, absorbido quizá por el mensaje puramente satírico que se propone transmitir.

El miércoles le corresponde a la filosofía antigua y moderna, materia de la tercera de las lecciones. En este caso, la originalidad de Cadalso es prácticamente nula. Se limita a recomendar a los futuros violetos un manual francés en dos tomos: *Histoire des philosophes anciens* e *Histoire des philosophes modernes*, de Alexandre Savérien.

(8) E. Martín de Riquer, Barcelona, Planeta, 1972<sup>4</sup>, p. 15.

(9) P. 21.

(10) P. 22.